

A B C EN LONDRES

INGLATERRA PREPARA UNA NUEVA «TACTICA» CON RESPEC- TO A GIBRALTAR

Han llegado a la capital británica el embajador en Madrid
y el almirante-gobernador de la Plaza

TAMBIEN SE ESPERA AL MINISTRO PRINCIPAL DE LA ROCA,
COMANDANTE PELLIZA

Londres 15. (Crónica telefónica de nuestro corresponsal.) Los medios informativos de esta capital anuncian la llegada a Londres del embajador británico en Madrid, sir John Russell, y del almirante-gobernador de Gibraltar, sir Varyl Begg. El propósito del viaje es establecer la "táctica" de la diplomacia británica para el futuro. Se destaca asimismo que próximamente vendrá a la metrópoli el llamado ministro principal de la plaza, comandante Pelliza, según estaba previsto desde hace varias semanas.

En esta capital se prestó extraordinaria atención al cambio de Gobierno en España. La situación de la plaza preocupa seriamente, y más aún desde las decisiones del Gobierno de Libia que imponen la evacuación de las fuerzas británicas de ese país. La propaganda de Londres no pudo ocultar que las medidas aplicadas por España en correspondencia con la mayoría de la opinión pública internacional expresada en la O. N. U. hacen muy incómoda la vida militar en la Base. Desde hace unos tres años la política de Londres ha sido conseguir con todos los efectos, pero sin concesión práctica alguna, que Madrid restablezca el "statu quo" existente con anterioridad a los acuerdos de las Naciones Unidas para descolonizar la plaza.

Recientemente el diario "The Times" exponía con claridad las aspiraciones británicas: a España, como si fuera la parte culpable, le había llegado el turno de hacer concesiones a Londres para restablecer la buena armonía de las relaciones hispano-británicas. El primer gesto, a juicio del editorialista de ese diario, sería "reanudar las relaciones comerciales con la plaza", porque entiende que Gibraltar y España son dos potencias en pie de igualdad. Repetía asimismo que los vecinos de la colonia serán soberanos para decidir su futuro. A cambio de que España admita esto, vislumbraba la posibilidad de "mejorar las relaciones" entre Londres y Madrid.

Después de los comentarios de primera hora sobre la reorganización ministerial de España, se impuso el silencio. La llegada del embajador y del almirante ha vuelto a planear el tema. Según varios comentarios de los diarios ingleses y de la emisora oficial de radio, el escepticismo prevalece de nuevo. Se llega a decir, incluso, que sobra la visita a Londres de aquellas dos personalidades.

Por parte española siempre se repitió, como lo demuestran las numerosas notas diplomáticas entregadas por nuestros representantes, que Madrid desea la apertura de negociaciones para resolver el problema. La respuesta afirmativa de Londres o, simplemente, una respuesta, sigue sin llegar. ¿Cambiará de parecer el Foreign Office en las actuales circunstancias?

El momento político de la Administra-

ción laborista no parece el más propicio para hablar en serio del problema. A causa de los sobresaltos económicos del país, que siguen sin ser remediados definitivamente, la popularidad del Gobierno socialista es muy escasa. La campaña electoral está en puertas y cualquier concesión a España, por homeopática que fuera, sería ampliamente explotada por los conservadores. En la presente fase política la tendencia del Gobierno es ocultar no pocos problemas debajo de la alfombra para que la futura Administración los resucite y resuelva. Mr. Wilson, en definitiva, no se atrevería a desorientar a la opinión pública sobre el problema de la colonia.

Aunque no sea grato admitirlo, hay otro factor negativo: la antipatía personal y no disimulada que destacados miembros del Gabinete sienten hacia España. Es una reacción ajena a las diferencias políticas y ajena también al problema de Gibraltar. Esta especie de alergia a lo español ha quedado bien de manifiesto en repetidos casos y pocos compatriotas nuestros, seguidores de la política laborista, ignoran esa reacción en su verdadero sentido médico. Basta recordar las palabras descompuestas de Mr. Wilson cuando se sentaba en los bancos de la oposición para condenar la venta de patentes y de material a la escuadra española. En la propia Prensa británica se ha aludido a la versión de Mr. Stewart, secretario del Foreign Office, y de Mr. Callaghan, ministro del Interior, contra lo español, mucho antes de que la O. N. U. planteara la descolonización de Gibraltar.

Los ingleses son buenos políticos y no puede sorprender que quieran ahora alterar el curso de la partida tratando de presentar a España como el jugador equivo-

cado que empleaba sus triunfos con torpeza. En resumen, y mientras no haya pruebas de lo contrario, Londres seguirá intentando restablecer las "relaciones comerciales" entre España y la Plaza, que es francamente la aspiración británica desde que nuestras autoridades adoptaron las primeras medidas para recortar ciertos aspectos de las actividades reexportadoras de la colonia.

No hay inglés al tanto de los últimos episodios de las relaciones hispano-británicas que ponga en duda sinceramente el deseo de España de mejorar las relaciones con Inglaterra, país europeo influyente y ejemplar en muchos aspectos. Londres, sin embargo, marcó un precio bien crecido para conseguir esa pretendida mejora. Si no se produce lo inesperado hasta ahora, el precio sería mantenido. Londres no cambia su política fácilmente porque éste es el secreto de su fuerza y, mientras tanto, los ingleses y los españoles harán todo el comercio que puedan en beneficio mutuo, que es precisamente lo que ha venido sucediendo durante años y más años. La última polémica sobre la colonia coincide con un espectacular "boom" de las exportaciones británicas a España, y bien puede asegurarse que en ese campo y en el turístico nunca fueron más cordiales las relaciones hispano-británicas.—Alfonso BARRA.